



## **Islas a la deriva, identidades flotantes: *La nave de los locos* de Cristina Peri Rossi**

Sonia Mattalía

Universitat de València

### **La literatura delira: la escritura como devenir**

«Los libros hermosos están escritos en una especie de lengua extranjera», decía Proust. Apunta Deleuze en relación a esta afirmación: «El escritor, como dice Proust, inventa dentro de la lengua una lengua nueva, una lengua extranjera en cierta medida. Extrae nuevas estructuras gramaticales o sintácticas. Saca a la lengua de los caminos trillados, la hace delirar»<sup>(617)</sup>. Justamente es sobre este delirio de la lengua en la literatura en el que deseo concentrarme, delirio que implica dos aspectos del tema que nos convoca aquí.

Por una parte la noción de «isla», esa porción de tierra, rodeada de agua, que desde la Ítaca mítica se ha configurado en la literatura occidental como lugar de partida y de regreso, de concentración y de exilio, de tal manera que, aún hoy, en esta nuestra «incondición transmoderna» que ha diluido las fijaciones identitarias, ha difuminado los límites culturales y lingüísticos y las afirmaciones englobadoras; aún hoy, decía, desea uno 'perderse en una isla', llevarse un libro a 'una isla desierta' e incluso hasta «comprarse una isla».

Por otra, la noción de 'deriva': deriva del lenguaje, deriva del sentido, imperio de la fuga, esa manera de construir las creencias que ha dado lugar a una «nomadización del pensamiento, que se ha vuelto distribucional y sectario, renegando las consideraciones de la grupalidad como todo, se ha vuelto fraccionario [...] que intenta derogar la sede, destituir el imperio de la razón analítica o dialéctica, privilegiando el bias, el sesgo, el contorno y el desequilibrio...»<sup>(618)</sup> y que en los libros actuales «más hermosos», para

retener [360] el apasionado epíteto proustiano, encuentra en la escritura literaria una especial manera de construirse como devenir.

Creo, que si hay algo que describe la intensidad de las escrituras hermosas más actuales, es esta conciencia de la deriva, de lo inacabado, que señala un proceso siempre en curso, y de una escritura, entonces, que apunta no a un 'hacer', no a una 'obra', sino a un devenir: «Devenir no es alcanzar una forma (identificación, imitación, mimesis) sino encontrar la zona de vecindad, de indiscernibilidad»<sup>(619)</sup>: el devenir anuncia el surgimiento del artículo indefinido 'un', 'una'. De un 'entre'.

## La isla y la deriva

*La nave de los locos*, novela publicada por Cristina Peri Rossi en 1984, juega con la partición y el devenir. Expongo este juego en diferentes niveles.

### Primero: La partición del texto

La novela construye la 'aventura': lo que adviene, la historia, el relato y su otro: la 'alegoría', lo que simboliza, lo que está, la descripción, la interpretación, la exégesis. Por ello se escinde en dos: el viaje, móvil, temporal; y el tapiz: fijo, espacial.

La 'aventura' de Equis, su protagonista y conductor, encadena la historia del exilio como un periplo heroico clásico, retoma las pruebas iniciáticas, los pasos del viaje odiseico. Equis, moderno Ulises o sea Nadie es lanzado a la mar, a su condición de desterrado. Pero, la conclusión del deambular de Equis no conduce a un retorno al lugar de partida, sino la adquisición de una sabiduría que se produce por una deriva a través de diversos significantes que la novela condensa en su comienzo: extranjero, exiliado, extrañado, desentrañado, vuelto a parir. A diferencia de la culminación heroica del retorno del Odiseo clásico, el aprendizaje de este Equis transmoderno se hace indefinido, implica un nuevo nacimiento que anuncia, en su final, un reinicio del periplo de un héroe transformado, que ha develado el enigma de su identidad anterior. Identidad que cae como un desecho, como una cáscara, en un héroe que deviene otra cosa lo que cae es la virilidad, y el juego recomienza invertido: vuelto a parir, desentrañado, extrañado, exiliado, extranjero.

La 'alegoría': la descripción minuciosa del medieval Tapiz de la Creación, ubicado en la Catedral de Girona, del que, en nota al pie, se dice que impresionó a Equis por su austeridad armoniosa y al que «contempló como una vieja leyenda cuyo ritmo nos fascina, pero que no provoca nostalgia»,

hace de contrapunto a la deriva del viaje. Nos remite a un mundo «perfectamente concéntrico y ordenado»; pero que, despedazada su descripción en fragmentos que enmarcan cada período de un periplo heroico también fragmentado, señala pero no acota, no limita la deriva, no la coagula como en la «alegoría» clásica en un mundo simbólico acabado y fijo, sino que anuncia su propia deriva. La novela acaba mostrando lo que le falta al tapiz: «Faltan enero, noviembre, diciembre y, por lo menos, dos ríos del Paraíso».

Además, esta partición del texto se postula en una división de los cuerpos que se juega tanto en la aventura como en la alegoría: la clasificación de los cuerpos animados [361] e inanimados, la de los sexos femenino, masculino, en las que no me detengo, que se produce tanto en el tiempo del relato como en la distribución espacial del tapiz, encuentra su realización contrapuntística en la partición de los cuerpos materiales de la letra: la letra marcada, la cursiva, ese cuerpo íntimo de la palabra proferida, del pensamiento, de la cita, de la Escritura, del Libro es el cuerpo de letra con que se expone el método alegórico, en el cual se remite a una simbolización estable; mientras que la 'aventura', la historia, el relato, presenta el cuerpo 'normal' de letra presuponiendo una 'naturalización' de la deriva.

### **Segundo: La partición de la 'aventura': el viaje y la detención**

[...] en otro segmento del círculo que rodea al Pantocrátor ordenando a la luz que exista, se encuentra representado un ángel, con sendas alas sobre los hombros, largos vestidos y una mano sobre el pecho. El ángel levita sobre un campo verde de juncos y bambúes florecidos. [...] El ángel representado en ese segmento del tapiz es el ángel de las tinieblas. En la mano izquierda sostiene una antorcha. Inscrita sobre el fondo ocre del tejido (descolorido por el tiempo), se lee una frase: *Tenebre erant super faciem abissi*: Las tinieblas cubrían la superficie del abismo.

Al lado del Ángel de la Luz que peregrina, en el segmento a la derecha que corresponde simétricamente con el que se ha descrito antes, también hay un círculo; en su interior, está representada la cabeza de un hombre que termina en llamas, y la palabra Sol; al lado, en otro círculo pequeño, la cabeza de una mujer, en cuya parte superior se apoya el cuadrante de la luna, palabra que acompaña a la imagen [...] Entre las estrellas se lee, abreviada, la palabra *firmamentum*<sup>(620)</sup>.

Estos dos fragmentos corresponden a las dos descripciones del tapiz de la Creación, que sirven de marco, en la novela, a la detención del viaje de Equis, el peregrino, en una isla. No voy a explayarme en las etapas del viaje de Equis, sino en esta detención.

La detención del deambular de Equis por ciudades, continentes, mares, se ubica en el centro estructural y físico de la novela: Centro estructural porque divide al viaje en dos y porque esta detención en la isla le abre a Equis su deriva futura. La detención de la 'aventura', del peregrinar, del viaje mítico y heroico, permite abrir el devenir del héroe hacia 'otra cosa'. Podríamos decir su deriva desde 'el' Hombre a 'un' hombre, si no fuera porque el trayecto

posterior de Equis conduce a un más allá incluso del indefinido: a un hombre no todo, es decir a una mujer, a un hombre que se transforma en el pasado de sí mismo.

La centralidad física: estos capítulos llegada y partida de la isla no sólo se encuentran en el centro de la novela, sino que se plantean como lo 'otro' de la novela. La isla, colocada en un lugar central del libro, es un lugar ex-céntrico del peregrinar; sólo por haber pasado por ella Equis y con él su pueblo, ya veremos puede partir hacia «el ombligo del mundo», la ciudad, y ser un «vuelto a parir». [362]

### **Tercero: el delirio de la escritura**

Centralidad del delirio de la escritura: es en la Isla donde el lenguaje de *La Nave de los locos* fabula sobre sí mismo, fabula sobre una lengua transnacional y translingüística. En su arribo a la Isla, Equis convoca su origen literario: cuna de un místico especial, antiguo cortesano disoluto, «teólogo y sabio destilador de cognac que alababa a Dios en distintos idiomas», que al tiempo que funda una lengua literaria escribe y se comunica en diversos idiomas, estudia su flora, escribe un *Ars navegandi* y una teoría de las mareas, Raimundo Lulio, como Borges gustaba nominarlo, en cuyo honor Equis se bebe un cognac doble, bajo una mítica parra mediterránea.

Es en esta detención en la Isla, donde Equis se encuentra con dos mujeres una vieja y otra joven que poseen el 'don de lenguas'. Ángel viejo y regordete la primera, una extranjera con la que Equis entabla un diálogo amoroso más allá de la lengua propia «iban caminando despacio, como un hijo solícito que acompaña a la madre anciana; como un huérfano que ama a la madre; cada uno hablaba en su lengua, pero de vez en cuando la vieja dama hacía un gesto, para que Equis observara el tronco ancho y retorcido de un algarrobo, o mirara un olivo centenario, o contemplara el vuelo de un halcón».

Diálogo translingüístico entre un cuerpo exiguo el de Equis y un cuerpo excesivo que se abre como una gruta a las asociaciones mitológicas. Una mujer que deriva, que deviene otra cosa: «Espléndida en su gordura, sin ropas, las piernas muy juntas [...] imberbe, con los pocos pelos claros del pubis casi imperceptibles; con delgadas venas azules y pequeños pezones malvas desproporcionados para su figura, Equis la contempló como a una de esas maravillosas criaturas mutantes, como a los seres imaginarios que aparecen en los sueños y en las láminas», es la entrada al mundo de la Isla.

La otra mujer, una joven en el «esplendor de la edad», «un animal espléndido», «una nereida», de lengua afilada y extremo realismo, interrogadora «del origen de las lenguas». Una mujer definida como la que «Está antes de la contaminación [...] antes de los choques en alta mar de

grandes petroleros; antes del plástico, la ortopedia, la gasolina y los yates. Antes de la loción bronceadora, los tratamientos para rejuvenecer el cuerpo y de la marihuana en los quioscos. Como un pensamiento exonerado de su circunstancia», y que lo conduce a las entrañas de la Isla; a una gruta, profunda, «una garganta excavada en la roca», en la cual accede a la Historia de la Isla isla defendida y salvada por las mujeres en el siglo XVI.

Esta mujer será la introductora de Equis en Pueblo de Dios; un pequeño pueblo blanco y marinero, bañado por la transparencia azul de la luz mediterránea. Es allí donde Equis puede fabular una comunidad: un Pueblo construido sobre las diferencias, compuesto por extranjeros, reclusos y nostálgicos de utopías. Morris, coleccionista de mapas en los que marca, en sus tierras, en sus costas, el avance de la violencia y de la muerte. Gordon, el astronauta, que ha escuchado «el silencio de las esferas» de Pascal, el primer hombre que pisó la Luna, su Paraíso perdido y su lejana interlocutora nocturna.

Equis recupera en Pueblo de Dios su salud; construye su salud en la deriva fabuladora de las lenguas, los cuerpos, los extranjeros, los otros.

Y eso es lo que hace la escritura en los libros hermosos: hace delirar la lengua, justamente, porque construye una salud: «La salud como literatura, como escritura consiste en inventar un pueblo que falta. Es propio de la función fabuladora inventar un pueblo. [363] No escribimos con los recuerdos propios, salvo que pretendamos convertirlos en el origen o en el destino de un pueblo venidero sepultado por sus traiciones y renunciadas [...] Pero todo delirio es histórico y afecta a la historia universal. La literatura vive su delirio entre dos polos: es enfermedad cuando erige una raza pura y dominante; pero es salud cuando invoca a esa raza bastarda, que se agita y que resiste a todo lo que la aplasta y se revela en la literatura como proceso»<sup>(621)</sup>. Cuando señala este devenir del Tapiz de la Creación entre el Ángel de las Tinieblas y el Ángel de la Luz, que citamos al principio; cuando construye un pueblo menor; cuando elabora la lengua de un pueblo menor, en la cual bastardo, inferior, extranjero, no designa un estado familiar, «sino la deriva de las razas; cuando la literatura se presenta como la enunciación colectiva de un pueblo menor».

Es en la isla, en ese trozo de precaria tierra flotante, asediada por el movimiento perpetuo, donde es posible intuir que las identidades, los límites, las fronteras, las lenguas, son enfermas cuando se empeñan en construirse como fijaciones. Sólo en la isla es posible abrirse a la deriva, a lo indeterminado, al delirio del devenir como salud.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

